

UNA COMEDIA INEDITA DEL LUNAREJO

Por Juan del Rímac

El arte dramático apenas tuvo cultivadores en nuestra literatura colonial, aunque poetas del género, como Cabello Balboa y Belmonte Bermúdez hicieron vida en nuestras ciudades y tomaron por asunto de sus comedias lances o episodios de la épica conquista del período feudal de las luchas civiles o del pacífico virreinato. A ello se añade el olvido en que yace gran parte de lo producido por los autores dramáticos de entonces, que con sus autos o comedias a lo divino, sus farsas, entremeses, loas, jacaras y coloquios, amenizaban las fiestas religiosas y civiles de aquel tiempo o regocijaban a los concurrentes al corral de la Pileta de Santo Domingo o a la comedia vieja de la calle de San Agustín o al coliseo reedificado por D. Pablo de Olavide.

Salvar de este casi total naufragio las escasas reliquias que aún nos quedan del arte escénico creemos que es obra meritoria y mucho más cuando se trata de obras dignas de ser conocidas por su mérito intrínseco y por el nombre de quien las escribió. Una de ellas, debida a la pluma del canónigo del Cuzco, D. Juan de Espinoza Medrano, más conocido por el apodo o remoquete de **El Lunarejo**, tuvimos la fortuna de hallar en un viejo centón de piezas diversas que guarda nuestra Biblioteca Nacional y antes que el tiempo y la polilla tornen indescifrable el manuscrito, nos impusimos la tarea de transcribirlo íntegramente, a fin de dárselo a conocer a los amantes de la literatura.

En un volumen en 4o., sin foliar, que responde al número 314 y en cuyo dorso se lee: Manuscritos Diversos, hállase confundido con otras muchas piezas de índole varia, algunas de las cuales pertenecen también a la literatura colonial, como los romances, ovillejos y coplas de pié forzado, con que la Lima dieciochesca lamentaba la muerte de D. José de Antequera y zahería al Marqués de Castelfuerte, y a los oidores Marqués de Casa Concha, Quirós y Avilés.

Poco antes de la comedia que nos ocupa se inserta una transcripción de otra, que merece citarse, ya que no faltan críticos, como

D. Juan Pérez de Guzmán, en su **Cancionero de la Rosa**, que hagan a su autor peruano. Se titula: "**Las Glorias del mejor Siglo**" y ha sido publicada en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira, volumen 49, pues a juicio del prologuista, Mesonero Romanos, honrara al mismo Calderón. Escribióla bajo el seudónimo de D. Pedro del Peso el P. Valentín de Céspedes, de la Compañía de Jesús y se estrenó en Madrid, en 1640, en las fiestas que esta religión celebró, conmemorando el centenario de su fundación.

Tras de ella sin título ni nombre de autor y en letra muy menuda y a ratos borrosa se suceden las escenas de la comedia "**El Amar su propia muerte**", que es el título de la escrita por el Dr. Espinosa Medrano, según se desprende de estos versos con que termina:

Todos. Viva, Viva.

Cineo. Y aquí tiene
fin esta sagrada historia
de El Amar su propia muerte.
El Doctor Juan de Espinosa
Medrano, aquel a quien debe
el Seminario Antoniano
créditos que lo engrandecen,
la sacó a luz, quando era
colegial actual y espera
que le perdoneis las faltas,
si en tal pluma caber pueden.

Si esta indicación no bastase, el estudio interno de la pieza y la índole del autor nos inducirían a atribuirle la paternidad de la misma. La Sra. Clorinda Matto de Turner, que ha trazado la biografía de Espinosa Medrano, nos habla de algunas comedias inéditas suyas, ya en castellano ya en quechua, entre las cuales se cita **El Robo de Proserpina** y **Usccar Paucçar**. De la presente no hemos hallado rastro en nuestra literatura ni en las colecciones del antiguo teatro español.

El tema de la misma está tomado de la Biblia, libro que ha inspirado a más de un autor dramático, desde el compositor anónimo del **Misterio de los Tres Reyes Magos** hasta la **Venganza de Tamar** de Tirso o Godínez y desde la **Representación d' Adam** hasta la **Esther** o **Atalie** de Racine. Y a la verdad que en las páginas

del sagrado libro no faltan escenas dotadas de cuantas condiciones exige el asunto de un drama. Por esta razón, sin duda, el teatro moderno, tomada esta palabra en su más amplio sentido, nació a la sombra de la Iglesia y los porches y atrios de las antiguas catedrales fueron los escenarios, en donde el pueblo aprendió a gustar y saborear las sentimentales o idílicas escenas del Génesis y los libros históricos.

Bien conocida es la historia de Jael, esposa de Heber Cineo, narrada en el capítulo IV del Libro de los Jueces. Sísara, lugarteniente de Jabin, Rey de Canaan con quien Israel mantuvo perpetua lucha, invade al frente de numeroso ejército las tierras del pueblo escogido de Dios. Débora, la profetisa, era su caudillo y administraba justicia en la montaña de Efraím. Al tener noticia de la aproximación del enemigo, llama a Barac, esforzado guerrero de la tribu de Nephtalí y le ordena que salga a su encuentro, con diez mil hombres de su propia tribu y de la de Zabulón. Barac acepta, pero con la condición de que Débora le acompañe y ésta se lo promete, pero le anuncia que la gloria de la empresa no le corresponderá a él sino a una mujer, en cuyas manos vendrá a perecer Sísara.

Al pié del Tabor se libró la batalla y el jefe cananeo fué derrotado por Barac, salvando no obstante la vida. En su fuga halla un asilo en la tienda de Heber Cineo, cuya esposa Jael lo oculta, lo adormece y le dá después la muerte. De tan sencillo argumento se vale con destreza el Lunarejo para urdir la trama de su comedia, fingiendo unos amores entre Jael y Sísara, que ella astutamente acepta y son descubiertos por Cineo, despertando en él la pasión de los celos. La conducta aparentemente doble de Jael y la lucha que se entabla en el ánimo de su esposo, y a que dan pábulo no pocos episodios hábilmente entretejidos, constituyen el enredo, en el que no poco se luce Espinosa Medrano.

No nos extenderemos más en el análisis de la obra porque preferimos reservar nuestro juicio para el final, dejando al lector que aprecie por sí mismo sus cualidades o descubra sus defectos. Sólo advertiremos que para evitar el enojo que produce la ortografía antigua, hemos adoptado la nueva y que tanto el encabezamiento, como la división de las escenas, son de nuestra cosecha, pues se echan de menos en el manuscrito.

AMAR SU PROPIA MUERTE

Personajes :

Sísara, General de los ejércitos de

Jabin, Rey.

Heber Cineo, esposo de

Jael.

Barac, General de los ejércitos de Israel.

Lidoro, Capitán.

Joseph.

Dina, criada.

Vigote, gracioso.

Bafo y Mosco, labriegos.

Un Capitán.

Soldados.

JORNADA I.**ESCENA I.**

Sísara. Titubeó el tropel de sus peñascos,
al tremolar mis bélicos damascos,
y al furibundo grito de mis tropas
encorvaron sus álamos las copas.
Testigo es el Cisón, si a sus corrientes
cadáveres armados forman puentes;
pues ya sus aguas vió, tristes y amargas,
sorbando yelmos, revolcando adargas,
cuando con las sangrientas avenidas
reventaba por márgenes floridas,
mintiendo al excederlas,
carmin su plata y rosicler sus perlas.
Sísara soy, soldados, brazo diestro
del Rey Jabin y soy general vuestro,
y pues Sísara alienta vuestros bríos,
Viva Canaán y mueran los judíos:
ya que el riesgo es tan poco

cuando los acaudilla un viejo loco,
 (ques Barac), que en marciales barbas canas
 si es la barba el valor, sobran las canas.
 Una mujer también, según la fama,
 los gobierna, que Débora se llama.
 O caduco adalid, o escuadras viles,
 sujetas a bastones femeniles.
 Mas aunque todo el orbe con sus cielos,
 listados de brillantes paralelos,
 los aceros formando en su luz bella
 acicalara un rayo en cada estrella,
 aunque airada la esfera,
 con triste ceño, contra mí, severa
 y encapotada de nublados pardos
 lanzas lloviera o granizara dardos,
 aunque más, ay de mí, porque no callo
 si a otra mujer rendido me avasallo?
 Si una mujer, si un cielo, si una Diosa
 idolatro en Jael tan desdeñosa?
 Cómo muerto me animo? Mas, qué inquietas
 voces oigo de parches y trompetas?
 Con acentos marciales
 retumban los bélicos metales,
 y en tumulto formado
 el ejército miro alborotado.

ESCENA 2.

Dicho y Capitán, después Lidoro.

Capitán. Viendo que el pelear ni aun llega tarde
 la juventud entre sus brios arde.

Sísara. Apacigüadlos, capitán, y quede
 Lidoro solo aquí.

Capitán. Quizás procede
 el ruido y la alegría
 del triunfo ya obtenido en profecía. (Váse)

ESCENA 3.

Sísara y Lidoro.

- Sísara. Ay Lidoro, qué mal Marte inflama
en quien se abrasa en la amorosa llama.
Si en Jael vive el alma, aunque severa,
viva, viva mi amor y Marte muera.
Ya sabes que su esposo, Heber Cineo,
tiene paz con Jabin, aunque es hebreo,
y aquel valle que ves, han ocupado
sus huertas, caseríos y ganado,
adonde la retirada vida goza
entre los brazos de Jael su esposa.
El Rey estima su amistad y casa,
que en sus jardines muchas siestas pasa,
mientras mi pecho a su Jael adora,
yo la idolatro y ella no lo ignora.
Ella me oye, aunque es su esquividad mucha,
más, cerca está de amar mujer que escucha.
Escribible un papel que lo ha llevado
Vigote, que aunque es loco, es fiel soldado:
No ha respondido, mas, al fin, Lidoro,
yo amo, siento, pretendo, peno y lloro.
- Lidoro. Pésame que a Jael amante adores,
cuando el Rey solicita sus favores.
- Sísara. Qué dices, capitán?
- Lidoro. Que el Rey la quiere.
- Sísara. Hoy de mis dichas la esperanza muere.
- Lidoro. Mas . . . una ninfa o bella cazadora
baja del monte ahora, . . .
desvainando las flechas de la aljaba.
- Sísara. Cupido es que a mi pecho se las clava. (Vánse)

ESCENA 4.

Jael.

(Desciende Jael por un monte, de corto, con turbante de plumas, aljaba, arco y flechas, muy bizarra, sin ver a Sísara).

Jael. Viva exhalación del monte,
peina la maleza inculta
el gamo, que con el viento
parejas corrió en su fuga.
Plumas le dieron las alas
de mis voladoras puntas,
con que por aqueste monte
o corpulenta columna,
que sostiene los zafiros
de la bóveda cerúlea,
voló a bañarse al cristal
que un risco bárbaro suda,
trocando en rubí el aljófar
de sus cándidas espumas.
Mas, ay de mi, que cazando
divertida, en la espesura,
de Sísara hasta la tienda
he llegado. Estoy confusa,
él me ama, yo le aborrezco,
tengo esposo y él angustia
el pueblo de Dios. Qué importa
que mi hermosura le engañe?

ESCENA 5.

Dicha y Sísara.

Sísara. Baja, Palestina estrella,
si ya no argentada luna,
que de este monte el copete
en golfos de luz inundas.

Baja, baja y sin temor,
que tu beldad te asegura
de violencias.

Jael (ap.) Ya él me ha visto.

Mi pecho engaños conduzca;
Dios me inspira y bajar quiero
para vengar sus injurias. (Baja)

Sísara. No alentó el alba más flores
con su matutina lluvia
que las que animan tus plantas
y tu coturno fecundan;
pues donde la huella estampas
rosas brotan purpúreas
y aun el yermo si le pisas
su amenidad les usurpa,
compitiendo con las selvas
donde las flores madrugan.

Jael. Fatigué, Señor, el monte
y aun esas regiones puras
donde, bajel de penachos,
los aires el ave surca;
pues, porque rayos de este arco
los agosten o destruyan,
los pájaros en el viento
forman abriles de pluma.

Sísara. Hacías mal en tirarles,
porque, como sol te juzgan,
holocausto de gorjeos
a tu belleza tributan.
El reclamo eran tus ojos,
pues si tu Deidad los junta,
de una serrana engañados,
por aurora la saludan.

Jael. No me alabes, pues más bella
es Irene, esposa tuya,
y es culpa, amarla tú más,
cuando mis favores buscas;
mas son falsos tus cuidados
que aquí su culpa me anulan,

y en viendo sus bellos ojos
quedan vanos de su culpa.

Sísara. Sol eres que entre celajes
de oro y grana el alba arrulla,
y ante tu esplendor, Irene,
pálida estrella, se anubla.
Hermosa es Irene, mas,
si en competencia se apura,
que mi Jael sea más bella
aun los cielos no lo dudan.
Ríndeme tu gentileza,
que aunque de mí, ingrata, triunfas,
víctima el alma en tus aras
esposa sea, aunque es una ;
pues si mil almas tuviera,
las rindiera todas juntas,
que para beldad tan grande
toda victoria no es mucha.

(Continuará)
